

Cita arqueológica en el Jobo de Guanajay en La Habana

Jorge F. GARCELL DOMÍNGUEZ

Entre el 4 y 6 de febrero del 2009, bajo una fuerte presión climática, con temperaturas que oscilaron entre los 15 a 4,5 °C algo bastante inusual en nuestro país, caracterizado por un calor casi permanente se reunieron un grupo de arqueólogos procedentes del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de Ciudad de La Habana y el grupo espeleológico “Guanahaya” de Guanajay, miembro de la Sociedad Espeleológica de Cuba (SEC), junto con representantes del Museo Municipal Carlos Baliño de esa localidad y de la Oficina de Monumentos y Sitios Históricos del Centro Provincial de Patrimonio Cultural de La Habana, con el fin de iniciar los estudios de la estructura física del sitio Jobo en el municipio habanero de Guanajay, cuya inclusión en la literatura científica data del 28 de junio de 1996, a partir del reporte de José Lucas Rodríguez y Jennier Velásquez, aparecido mucho después de concluirse las tareas del Censo Arqueológico de La Habana.

El sitio, ubicado en el extremo oeste del actual municipio Guanajay, en la provincia La Habana, a unos 14 km de la costa del Mariel en la finca rural Canto del Barrio Mendive, ocupa un área intermedia, limitada por dos afluentes de ríos, que forma un delta ondulado y alto desde donde se domina un paisaje panorámico, que abarca la bahía de Mariel y una parte de la llanura costera norte, franqueadas por pequeñas elevaciones o colinas hacia tierra adentro.

Desde su hallazgo, los estudios arqueológicos se han limitado a la recolecta de piezas en superficie. El área, por más de siglo y medio, se había dedicado a la explotación intensiva agrícola, por lo que el arado, gradas y otros implementos mecanizados realizaron una labor de exca-

vación y, con ella, el movimiento de objetos de un sitio a otro, lo cual deja ver en los surcos una amplia variedad de piezas, correspondiente a un amplio ajuar lítico y sobre concha, restos de dieta marina y terrestre, donde sobresale, particularmente, la localización de una muestra vasta de cerámica, procedente de una alfarería que transita desde piezas con poco acabado y mala cocción hasta otras con una mejor terminación, que incluye elementos decorativos incisos, lo cual permite calificar el lugar como “el sitio ceramista a cielo abierto más occidental del país”.

El interés por el espacio se había concretado y fijado por el número y el tipo de evidencias y sus valores culturales a partir de su hallazgo, pero se carecía de un estudio que permitiera la limitación espacial de la ocupación humana, así como la posible determinación de áreas especializadas, por lo que se proyectó crear un registro regulado a través de un levantamiento topográfico planimétrico y altimétrico, que permitiera una colecta controlada, alejada de la practicada hasta ahora de superficie. Entre otros



FIGURA 1. Piezas halladas en el sitio Jobo, Guanajay, La Habana



FIGURA 2 y 3. Equipo de investigadores que participó en los trabajos de exploración

objetivos, el equipo de arqueólogos, también, se propuso realizar un muestreo general para valorar el potencial del sitio y las afectaciones del arado.

A través del levantamiento topográfico se fijó una red de puntos fijos, de fácil reconocimiento en el terreno, que permitiera controlar la recogida de evidencias en el futuro a través de coordenadas, así como el levantamiento superficial del espacio; de igual manera, se plotearon los límites superficiales del sitio cultural a partir de una prospección de sus bordes.

Los trabajos de campo permitieron también ubicar y reconocer áreas de mayor concentración de materiales culturales, atribuidas a zonas o talleres especializados de piedra tallada y a un gran basurero de concha marina dentro del antiguo asentamiento humano. Asimismo, debajo de algunos árboles, de considerable tamaño, se localizaron algunas lajas con huellas de utilización como morteros, entre otras evidencias sobre rocas más masivas de areniscas, cuya localización está relacionada con la eliminación de rocas por los campesinos que utilizaron el terreno y el arado. Todas estas evidencias se relacionan, directamente, con su sistema económico y de dominio del área de influencia, así como con el grado de desarrollo del grupo cultural que pobló el lugar.

Durante las operaciones del registro topográfico, se realizaron muestreos controlados por la nueva red de

algunas piezas de la superficie, lo que permitió coleccionar nuevos vestigios que engrosaron la colección que atesora el Museo Municipal Carlos Baliño, lo que propició nuevas fuentes de información a los científicos, quienes estudian el sitio y a sus antiguos moradores desde hace algunos años.

Fue también de interés la localización en la riva de uno de los afluentes limítrofes del sitio aborigen de un basurero, posiblemente correspondiente al desaparecido y primitivo ingenio azucarero “Canto”, lo que reafirmó la presencia de esta antigua industria en las inmediaciones del sitio, que explotó económicamente la región en la primera mitad del siglo XIX.

Tanto el asentamiento humano correspondiente a la economía productora que dominaba la agricultura y la cerámica, así como el posterior episodio de explotación intensiva de la caña de azúcar en el delta ondulado y alto, franqueado por los dos tributarios fluviales, dan cuenta de la extensa historia de ocupación humana.